

DISCURSO DE VÁCLAV HAVEL, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA CHECA, ANTE EL PLENO DEL PARLAMENTO EUROPEO EL 18 DE FEBRERO DEL AÑO 2000 EN ESTRASBURGO (FRANCIA). (SE ACOMPAÑA COMENTARIO «VÁCLAV HAVEL O LA SEDUCCIÓN DEL ICONOCLASTA» DE IÑIGO MÉNDEZ DE VIGO Y MONTOJO)

SPEECH BY VÁCLAV HAVEL, PRESIDENT OF THE CZECH REPUBLIC, BEFORE THE PLENARY SESSION OF THE EUROPEAN PARLIAMENT ON 18 FEBRUARY 2000 IN STRASBOURG (FRANCE). (ACCOMPANIED BY COMMENTARY 'VÁCLAV HAVEL OR THE SEDUCTION OF THE ICONOCLAST' BY IÑIGO MÉNDEZ DE VIGO Y MONTOJO)

Václav HAVEL
Presidente de la República Checa (1993-2003)

«Señora presidenta, Señorías, señoras y señores, hoy vuelve a saltar al candelerero con mucha frecuencia la cuestión de si el alma de los europeos estará animada, además de por la conciencia o el sentimiento de pertenencia nacional, por un sentido europeísta. Dicho de otro modo, ¿se sienten los europeos realmente europeos o se trata más bien de una idea abstracta, de una construcción teórica, que se esfuerza por exaltar un elemento geográfico para convertirlo en un talante? Ésta es una de las cuestiones que suscita el debate sobre la parte de soberanía que los Estados nacionales pueden y deben transferir a los órganos comunes de la Unión Europea. Algunos subrayan que, si la pertenencia nacional claramente sentida resultara demasiado rápidamente inhibida por una pertenencia europea poco sentida, o incluso sentida como quimérica, las consecuencias habrían de ser por fuerza negativas. ¿Qué podemos decir, pues, de nuestro europeísmo?

Si me pregunto en el fondo de mí mismo hasta qué punto me siento europeo y lo que me une a Europa, me noto al principio ligeramente sorprendido: sólo ahora, bajo la presión de ciertos asuntos y deberes políticos de actualidad, me planteo esa cuestión. ¿Por

qué no me la he planteado desde hace mucho, desde la época en que comenzaba a orientarme en el mundo y a reflexionar sobre él y sobre mí mismo? ¿Consideraba mi pertenencia a Europa un elemento puramente extrínseco, poco importante, un elemento que no debía suscitar tormentos ni preocupaciones siquiera? ¿O bien consideraba, al contrario, mi europeísmo algo evidente y que no merecía ninguna interpretación, ningún estudio, ninguna prolongación?

La segunda posibilidad es más probable: todo aquello por lo que siempre he sentido apego era tan naturalmente europeo, que nunca se me ocurrió considerarlo como tal. Simplemente, no he considerado útil calificarlo así y, de forma más general, asociar mi pensamiento al nombre de un continente. Más aún: tengo la sensación de que en mi juventud me habría sentido incluso un poco ridículo declarando o escribiendo que era europeo, que sentía y pensaba de forma europea, o incluso apelando a alguna forma explícita de Europa. Me habría parecido patético y presuntuoso; lo habría sentido como una versión, más orgullosa, de ese patriotismo que siempre me ha molestado en los patriotas nacionales.

Dicho de otro modo: era europeo de forma tan evidente y natural, que no pensaba en ello. Así debe de ser para la mayoría de los europeos: lo son profundamente, pero no se dan cuenta de ello, no se califican de tales y, en los sondeos de opinión pública, se asombran un poco de tener que invocar en voz alta su europeísmo.

El europeísmo reflexivo no parece tener una gran tradición en Europa.

No considero este hecho un elemento positivo, por lo que acojo con satisfacción que nuestro europeísmo empiece hoy a emerger claramente del vasto mar de los conceptos «evidentes». Al plantearnos cuestiones al respecto, al reflexionar sobre el mismo y al intentar definir su naturaleza, contribuimos de forma importante a la comprensión de nosotros mismos, lo que resulta determinante frente a este mundo nuestro multicultural y multipolar, en el que la capacidad de percibir nuestra identidad es la condición primordial para una buena coexistencia con otras identidades. Por lo demás, si hasta ahora Europa se ha preocupado tan poco de su propia identidad, seguramente se debe sobre todo a que se tomaba erróneamente por el mundo entero o al menos por algo superior al resto del mundo, porque no sentía

la necesidad de definirse respecto de los demás. Con consecuencias lamentables, naturalmente, en el nivel del comportamiento práctico.

Reflexionar sobre el europeísmo significa preguntarse qué conjunto de valores, ideales o principios evoca la idea de Europa, ver lo que es característico para Europa. Más aún: significa también hacer un examen crítico de dicho conjunto partiendo de la esencia misma del asunto. Y, por tanto, comprender rápidamente que numerosas tradiciones, valores o principios europeos se caracterizan por una gran ambigüedad y que la mayoría de ellos, si se exageran, explotan o se utilizan mal, pueden resultar una pesadilla.

Si Europa entra en una era de autorreflexión, significa que desea definirse respecto de los demás, pero también que busca en sí misma lo positivo, lo que ha dado buenos resultados, lo que tiene futuro.

Cuando hace seis años tuve el honor de dirigirme por primera vez a esta Asamblea, mencioné la necesidad de subrayar la dimensión espiritual, la importancia de los valores de la integración europea, y expresé mi temor de que el sentido espiritual, histórico, político y de civilización de la construcción europea pudiera quedar peligrosamente ocultado por cuestiones de tipo técnico, económico, financiero o administrativo, lo que más adelante podía trastornar completamente al público. En aquella época, mis palabras representaban en cierto modo una provocación y no estaba seguro de que no fueran a abuchearme en el Parlamento Europeo. No fue así, pero hoy observo con satisfacción que esas mismas palabras ya no tienen en modo alguno ese carácter provocador.

Ahora bien, la espectacular evolución que ha experimentado Europa en diez años, desde la caída del telón de acero, la necesidad cada vez más evidente de ampliar la Unión Europea, la integración económica cada vez más rápida, así como la panoplia de nuevas amenazas engendradas por el período actual, son otros tantos elementos que han movido obligatoriamente a la Unión Europea a abrirse con vistas a una nueva reflexión sobre sí misma, más intensa, a una formulación y una búsqueda nueva de los valores que la unen y confieren un sentido a su existencia.

A veces se expresa la idea de que esa búsqueda llega demasiado tarde, de que la integración cultural y política, la reflexión sobre sí

misma, deberían haber precedido la integración económica o, dicho de otro modo, que se comenzó por el final.

No me parece que se trate de un juicio equitativo. Después de la segunda guerra mundial, la Europa occidental democrática afrontaba el recuerdo de los horrores de las dos guerras mundiales y el peligro de que se extendiera la dominación totalitaria comunista. En aquella época, resultaba casi superfluo hablar de los valores que proteger. Saltaban a los ojos. En cambio, había que unir a Occidente, por decirlo así, técnicamente, y lo antes posible, para impedir la posible aparición, o incluso la proliferación de una dictadura, pero también la recaída en antiguos conflictos nacionales.

Lo mismo sucede seguramente con mi sentimiento de europeísmo: como era tan natural para mí desde hacía muchos años –o incluso decenios–, no se me ocurría siquiera apelar a él explícitamente. Para la Europa occidental, todo lo que debía proteger era tan evidente, que no sentía la necesidad apremiante de definirlo, analizarlo, ahondarlo o plasmarlo en diversos hechos políticos e institucionales. Y así, si bien hasta ahora yo no me he visto en la tesitura de preguntarme si me siento europeo y reflexionar sobre lo que eso significa, la Europa democrática en construcción se ha visto, en cambio, obligada seguramente por los acontecimientos históricos del último decenio a reflexionar profundamente sobre el fundamento mismo de su unificación y sus objetivos.

Los grandes valores europeos –tal como los ha ido labrando la agitada historia espiritual y política de Europa y que las otras partes del mundo han recogido: al menos algunos de ellos– son –me parece a mí– claros: el respeto del ser humano único, de sus libertades, sus derechos y su dignidad, el principio de solidaridad, la igualdad ante la ley y el Estado de derecho, la protección de todas las minorías étnicas, las instituciones democráticas, la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, el pluralismo político, el respeto de la propiedad privada y la libre empresa, la economía de mercado y el desarrollo de la sociedad civil. La forma actual de esos valores refleja también, naturalmente, innumerables experiencias europeas modernas, entre ellas la de que nuestro continente está convirtiéndose en una intersección multicultural de primer orden.

Permítaseme detenerme –por razones que luego explicaré– a abordar uno de esos valores fundamentales. Se trata de la sociedad civil.

En el mundo occidental, es decir, euroamericano, de hoy, una sociedad civil ricamente estructurada, abierta y descentralizada, basada en la confianza en la independencia soberana de sus ciudadanos y de sus múltiples asociaciones, constituye la base del Estado democrático y la garantía de su estabilidad política.

Puesto que en breve la Unión Europea debe abrir sus puertas a las nuevas democracias, cosa que presenta, a mi juicio, un interés decisivo para ella, es muy importante, si no capital, que ayude a reconstruir y desarrollar la sociedad civil en esos países. No es casualidad que la dictadura comunista, poco después de su advenimiento, se apresurara a desgarrar violentamente la fina trama de la sociedad civil para al final liquidarla. Es que sabía muy bien que nunca tendría el control real de la población mientras las diferentes estructuras de la sociedad civil, constituidas por abajo, siguieran funcionando. Lo que había quedado de una sociedad civil auténtica vivió y se desarrolló en la resistencia directa o indirecta. Así, pues, los valores europeos sobrevivieron en ese medio, no gracias al sistema político, sino pese a él.

La autoestructuración de la sociedad no se puede ordenar, naturalmente, desde arriba. Pero se puede crear un medio, condiciones favorables, para su desarrollo.

En ese sentido, la ayuda a las democracias nuevas debería inscribirse en un marco más amplio: el del fortalecimiento y la profundización duraderos de la sociedad civil a escala paneuropea.

Cuanto más variadas, diferenciadas y entrelazadas sean las diferentes estructuras civiles europeas, mejor preparadas estarán las nuevas democracias para adherirse a ellas y más rápidamente se impondrá en ellas los principios de confianza en los ciudadanos y subsidiariedad, lo que permitirá fortalecer su estabilidad. Pero no es eso todo: el fundamento de la Unión Europea, en su calidad de comunidad supraestatal, resultará tanto más afianzado.

Concretamente, ello impone, entre otras cosas y ante todo, la necesidad de que ciertos deberes de solidaridad social sean transferidos a las colectividades locales y a organizaciones sin fines de lucro

o de derecho público. Cuanto más bajo sea el nivel de redistribución de recursos, cuanto más transparente, económica, sea esa distribución, mejor satisfará las necesidades más variadas de la sociedad, difíciles de delimitar desde el centro y más auténtica será la solidaridad social, por estar más claramente vinculada con personas concretas o con sus asociaciones. Así, pues, esa solidaridad auténtica de los ciudadanos, los grupos sociales, los municipios y las regiones constituye el mejor mantillo para dicha solidaridad, que sólo puede dispensar una entidad, a saber, el Estado. Y en una entidad supraestatal tan grande como la Unión Europea, que debe funcionar como un instrumento de solidaridad, es necesario que su verdadero fundamento cívico sea aún más sólido, más rico. Así, pues, la viabilidad de la Unión Europea depende, entre otras cosas y tal vez sobre todo, de la forma como sus ciudadanos adopten el espíritu de pertenencia cívica europea.

Una sensibilidad en aumento para con todos los síntomas de manifestaciones del egoísmo nacional, la xenofobia o la intolerancia racial debería formar parte, evidentemente, de ese nuevo sentimiento de pertenencia europea. La política de apaciguamiento que en Munich acabó en una capitulación ante el mal constituye uno de los capítulos más amargos de la historia europea moderna. Esa experiencia exige vigilancia. Hay que combatir el mal, cuando está en germen y no basta con tener gobiernos para hacerlo. La actitud de los gobiernos debe ser consecuencia de la de los ciudadanos.

(Aplausos)

La preocupación por la seguridad es otra expresión de la solidaridad social. Corresponde al Estado o a una agrupación supranacional. La Unión Europea empieza a trabajar intensamente en una nueva concepción de su política de seguridad. Dicha política debía distinguirse por una capacidad para adoptar rápidamente decisiones y transformarlas con la misma rapidez en actos. Eso me parece extraordinariamente importante. Por lo demás, ya es más que hora. Me parece que la reciente experiencia en Yugoslavia es muy expresiva a ese respecto.

En mi opinión, la intervención de la OTAN ha sido una demostración relativamente clara de varias cosas. En primer lugar, el respeto de la vida, de la dignidad humana, así como la preocupación por la seguridad europea, pueden imponer, llegado el caso, la necesidad

de intervenir fuera de las fronteras de la Unión Europea. Cuanto más vigoroso sea el mandato de semejante intervención, mejor será, evidentemente. Pero, por desgracia, se puede imaginar también una situación en la que faltara el mandato de las Naciones Unidas, pese a que una intervención interesara a muchos, a toda Europa y a la civilización humana en su conjunto. No estoy seguro de que Europa haya estado dispuesta, ni siquiera recientemente, a afrontar semejante posibilidad tan funesta. Seguramente lo está mucho más ahora, al menos en el plano psicológico. Creo que debería apresurarse a aprovecharlo, también para hacer una preparación material o técnica.

En segundo lugar, hay que desplegar más esfuerzos en la esfera de la prevención de la seguridad. En Kosovo y en Serbia, como en Bosnia-Herzegovina y en otros puntos de la antigua Yugoslavia, decenas de miles de vidas humanas y bienes innumerables se habrían podido salvar, si la comunidad internacional hubiera sido capaz de reaccionar antes —al comienzo mismo del conflicto— de forma adecuada.

(Aplausos)

Pese a todos los llamamientos, todas las advertencias ante los horrores posibles o inminentes, nada hubo, por desgracia. Entre las razones posibles e imaginables, citemos la preocupación por los intereses particulares y materiales más diversos y la incapacidad de los equipos gubernamentales para correr riesgos en nombre de una buena causa y del interés general.

En tercer lugar, los Estados Unidos han desempeñado en este caso un papel decisivo y es muy probable que, sin su energía, la comunidad internacional, no sabiendo qué hacer, presenciara aún los horrores que propiciaron la intervención en Kosovo. Pero Europa no podría encomendarse indefinidamente a los Estados Unidos, en particular cuando se trata de un problema europeo. Debe ser capaz de encontrar una solución y resolver la situación por sí sola. Sería impensable, en el mundo de hoy, en el que pequeñas entidades se unen legítimamente en forma de comunidades internacionales o supranacionales, que la Unión Europea perdure como componente respetable del orden mundial sin que sea capaz de convenir un medio de defensa de los derechos humanos, no sólo en su propio territorio, sino también en su radio de acción, es decir, en el espacio que un día puede llegar a pertenecerle.

Como decía hace un instante, considero que la ampliación de la Unión Europea presenta para ella un interés vital. Permítanme sus Señorías subrayar esta convicción reiterándola.

Se trata tal vez de la experiencia de un hombre que conoció cuarenta años de yugo comunista, precedido de la dominación nazi, o también de la experiencia concreta del habitante de un país situado en el centro mismo de Europa y que, a lo largo de los siglos, llegó a ser una encrucijada de los caminos de diversas corrientes espirituales e intereses geopolíticos europeos, o incluso el lugar de nacimiento de más de una confrontación europea, lo que me inspira la firme convicción de que Europa es la única entidad política cuya seguridad es indivisible. La idea de dos Europas que vivan contiguas, la idea de una Europa democrática, estable, próspera y en vías de integración, y de una Europa menos democrática, menos estable y menos próspera, es, a mi juicio, completamente falaz. Se parece a la idea de coexistencia duradera en una habitación una de cuyas mitades estuviera inundada y la otra no. Por diferenciada que esté, Europa es indivisible y todo lo grave que le ocurra tendrá consecuencias y repercusiones en el resto de su territorio.

En su calidad de entidad política unida, Europa tiene hoy una posibilidad que nunca ha tenido a lo largo de su agitada historia: la de organizarse de forma profundamente equitativa, pacífica, según el principio de la igualdad y la cooperación de todos. El entendimiento y el consenso general, por tediosos y largos de conseguir que sean, deberían ser el gran principio de la organización y de la estabilidad en Europa en el próximo milenio, y no actos de violencia ejercidos por poderosos sobre otros menos poderosos. En ese marco, por «Europa» entiendo el continente en su conjunto.

Todos sabemos que el proceso de ampliación de la Unión Europea debe ir acompañado de una reforma continua, igualmente audaz, de sus instituciones. Estoy convencido de que la Conferencia Intergubernamental aportará propuestas realistas que harán avanzar a la Unión Europea en la dirección correcta. No obstante, no creo que los cambios institucionales dentro de la Unión Europea puedan limitarse a eso. Al contrario, será, a mi juicio, el comienzo de un proceso muy largo, que tal vez abarque decenios. Debería caracterizarse por el

deseo permanente de acelerar, simplificar, la adopción de decisiones dentro de la Unión Europea y volverla más transparente.

Permítaseme mencionar dos puntos muy concretos que ya he citado en diversas ocasiones y que podrían, a mi juicio, contribuir a la consecución de esos objetivos en un futuro más lejano.

En primer lugar, considero que la Unión Europea debería dotarse, tarde o temprano, de una constitución concisa, clara y comprensible para todos...

(Aplausos)

Una constitución que todos los niños de Europa puedan aprender en la escuela sin grandes problemas. Dicha constitución constaría, como es habitual, de dos partes. La primera formularía los derechos y los deberes fundamentales de los ciudadanos y de los Estados europeos, los valores fundamentales sobre los que descansa la Europa unificada, el sentido y la vocación de la construcción europea. La segunda describiría las principales instituciones de la Unión Europea, sus competencias esenciales y sus relaciones mutuas. La existencia de semejante ley fundamental no engendraría automáticamente una transformación radical de la Unión de Estados, tal como la conocemos en un gran superestado federal, que tanto preocupa a los euroescépticos, sino que únicamente permitiría a los habitantes de una Europa en construcción hacerse una idea más clara de la naturaleza de la Unión Europea. Así podrían comprenderla mejor e identificarse con ella.

(Aplausos)

Uno de los asuntos importantes a menudo —y con razón— mencionados en relación con las reformas institucionales de la Unión es el de qué se debe hacer para que los países pequeños que son miembros de la Unión tengan la certidumbre de que no se verán colocados en minoría por los grandes, sin que por ello se deje de tener correctamente en cuenta el tamaño de los diferentes Estados. Me parece que una de las posibilidades podría ser la creación de una segunda cámara del Parlamento Europeo. Naturalmente, el sufragio no sería directo, sino que los diferentes parlamentos delegarían en ella sus representantes: tres, pongamos por caso, por Estado. Mientras que la primera cámara, es decir, el Parlamento actual, reflejaría el tamaño de los diferentes Estados miembros, la segunda fortalecería su igualdad: todos los Estados miembros tendrían en ella el mismo

número de representantes. En esa situación, la Comisión, por ejemplo, no tendría por qué estar compuesta según la pertenencia nacional y los parlamentos nacionales podrían participar de forma mucho más operativa.

Sea cual fuere la evolución o el desenlace de la reforma institucional o de la reforma citada, una cosa me parece clara: un desacuerdo o la ausencia de consenso sobre los asuntos institucionales no debe frenar la ampliación de la Unión Europea. Si así fuere, un retraso demasiado largo de la ampliación podría tener consecuencias infinitamente más peligrosas que la falta de conclusión de la reforma institucional.

Señorías, la civilización técnica, nacida en el suelo europeo y que cubre hoy todo nuestro planeta, ha recibido una considerable influencia de los elementos de la civilización euroamericana.

Así, pues, Europa es particularmente responsable del estado de esa civilización. No obstante, esa responsabilidad no debe cobrar nunca más la forma de una exportación violenta de sus propios valores, ideas o bienes hacia el resto del mundo. Muy al contrario: Europa podría por fin comenzar por sí misma y servir de ejemplo que los demás pueden –pero no están obligados a– seguir.

Toda la concepción moderna de la vida en su calidad de crecimiento y progresos materiales incesantes, basados en la seguridad del hombre que se considera dueño del universo, constituye la faz oculta, lamentable, de la tradición espiritual europea. Esa concepción de la vida predetermina también el carácter amenazador de la civilización actual. ¿Qué otra parte del mundo, salvo ésta, que inició el gran movimiento en ese sentido, o incluso la caída libre de nuestra civilización, debería oponerse vigorosamente a esas amenazas?

Me parece que en la encrucijada de las eras corresponde a Europa reflexionar con valor sobre la ambigüedad de su contribución al mundo, comprender que no sólo hemos enseñado al mundo los derechos humanos, sino que también le hemos mostrado el Holocausto, que no sólo lo hemos incitado, espiritualmente, a realizar la revolución industrial y después la de la información, sino también a desfigurar la naturaleza en nombre de la multiplicación de las riquezas materiales, a sustraer sus recursos y a contaminar su atmósfera. Se trata de comprender que hemos abierto, cierto es, la vía a un inmenso

desarrollo de la ciencia y la técnica, pero que, para ello, hemos debido pagar un precio muy elevado: el de la evicción de todo un juego de experiencias humanas muy importantes y complejas que se han formado a lo largo de varios milenios.

Europa debe comenzar por sí misma. Puede hacer economías, imponerse privaciones, respetar –de acuerdo con la mejor de sus tradiciones espirituales– el orden superior cósmico como algo que nos supera y respetar también el orden moral como su consecuencia. La humildad, la afabilidad, la gentileza, el respeto de lo que no comprendemos, el sentimiento profundo de solidaridad con los demás, el respeto de toda alteridad, la voluntad de hacer sacrificios o buenas acciones que sólo la eternidad podrá recompensar, esa eternidad que nos observa, silenciosa, a través de nuestra conciencia: otros tantos valores que podrían y deberían ser el programa de la construcción europea.

Europa tiene, parcial o enteramente, sobre su conciencia los acontecimientos más horribles del siglo XX: las dos guerras mundiales, el fascismo y el sistema totalitario comunista.

A lo largo del último siglo, Europa ha conocido también tres acontecimientos positivos, aunque no son totalmente obra suya: el fin de la dominación colonial sobre el mundo, la caída del telón de acero y el comienzo de la construcción europea.

La cuarta gran misión que espera a Europa sería, a mi juicio, la de intentar mostrar con su existencia que es posible oponerse al gran peligro que hace planear sobre este mundo su civilización llena de contradicciones.

Me haría feliz que el país del que procedo pudiera participar en todo ello como socio de pleno derecho.

(La Asamblea, de pie, aplaude efusiva y largamente al orador)».



Código QR del vídeo del Discurso en V. O. del Sr. Václav HAVEL,
presidente de la República Checa: sesión solemne.

VÁCLAV HAVEL O LA SEDUCCIÓN DEL ICONOCLASTA

VÁCLAV HAVEL OR THE SEDUCTION OF THE ICONOCLAST

Iñigo MÉNDEZ DE VIGO Y MONTOJO

Letrado de las Cortes Generales

Catedrático Jean Monnet ad Honorem

*A la memoria de mi querido amigo y compañero
José María Gil-Robles Gil-Delgado, con quien
escuché el discurso de Havel desde nuestros
escaños en el Parlamento Europeo*

Tras la celebración de las elecciones europeas en junio de 1999 y su subsiguiente elección como presidenta del Parlamento, Nicole Fontaine invitó a los responsables políticos de los países de la futura ampliación de la Unión europea –que finalmente tendría lugar el primero de mayo del año 2004– a intervenir ante el pleno de Estrasburgo para compartir con los eurodiputados su visión sobre el futuro de la Unión.

La República Checa había iniciado las negociaciones con vistas a su incorporación en 1998. En consecuencia, me parece importante recordar cuál era el contexto político de los entonces 15 cuando Václav Havel tomó la palabra en aquel ya lejano 2020.

Como escribió Proust «*le souvenir d'une certaine image n'est que le regret d'un certain instant*». En aquel instante en el que Havel se dirigió a la Cámara de Estrasburgo, la Unión europea se aprestaba a ejecutar la más ambiciosa ampliación de su historia para «coser las dos Europas», en la afortunada expresión de Geremek.

Al mismo tiempo, la Unión había lanzado un proyecto –la Agenda de Lisboa– para convertir su economía en la más competitiva del mundo, basándose en el conocimiento y orientándose hacia la creación de empleo.

Finalmente, estaba en curso una decisión revolucionaria consistente en la sustitución de las viejas monedas nacionales por

una moneda común, que culminaría poco tiempo después con la implantación del euro.

Estos tres proyectos requerían necesariamente una reflexión sobre el entramado institucional de la Unión, así como sus mecanismos y las políticas que debían desarrollar. Una convención constitucional, cuya convocatoria era un rumor a voces en los ambientes comunitarios de Bruselas, debía encarar todas estas cuestiones y proponer propuestas que incluyeran la modificación de los tratados originarios.

Fue en aquel preciso y esperanzado momento, cuando Václav Havel inició su discurso.

Parafraseando a un personaje de Somerset Maugham, «si la clase de cosas que dice una persona depende de la clase de hombre que sea, resulta conveniente conocer los aspectos de su vida personal».

En consecuencia, cabe preguntarse ¿quién era aquel hombre que se dirigía a los diputados europeos en la mañana del 18 de febrero del 2000?

Nacido en Praga en 1936, la vida de Havel estuvo condicionada, según su biógrafo y sin embargo amigo Michael Zantovsky, por tres acontecimientos que marcaron su existencia: la colaboración de uno de sus tíos con los nazis en la anexión de los Sudetes, la llegada de los comunistas al poder en 1948 que lo estigmatizaron como «un elemento burgués», término éste que en aquellos días era un pasaporte franqueado para la marginalidad y, consecuencia de ello, la prohibición de matricularse en la universidad, sin duda por la posibilidad de convertirse en un elemento subversivo, otra expresión característica de aquellos años. Por ello al igual que Nicolás Guillén, quien «estudió derecho para ganarse la vida», como proclama en uno de sus poemas, Havel comenzó a trabajar, con evidente desgana, en una empresa química para «redimirse» de su origen de clase y confiar en que más pronto que tarde se le aparecieran las musas.

Pero Havel no tenía redención posible y, cuando las musas hicieron acto de presencia en su vida, comenzó a escribir y no tardó en convertirse en uno de los componentes de la intelectualidad checoslovaca conocida como «Generación del 36».

Havel era ya un escritor conocido y apreciado cuando los tanques soviéticos agostaron la primavera de 1968 y trasmutaron al

dramaturgo que era en un baluarte de la protesta y la resistencia frente a la «doctrina de la soberanía limitada», que formularía Breznev.

Durante esta etapa de su vida, Havel elaboró lo que su biógrafo define como una «filosofía moral de los tres conceptos»: el «poder de los sin poder» o, lo que es lo mismo, el poder de los checos que no comulgaban con el totalitarismo soviético; el «vivir en la verdad» que consistía en ver y analizar la realidad tal y como es y no entregarse por comodidad o miedo a las mentiras utópicas del comunismo y, por último, la «responsabilidad individual» que apela al compromiso personal para, desde la resistencia individual convencer a los demás a sumarse a la causa de la libertad. De ahí el acierto de Mira Milosevich al titular como «Havel o el poder de la palabra» su recensión a la biografía de Zantovsky porque fue a través de la convicción y la persuasión y nunca de la imposición como Havel persiguió y alcanzó sus objetivos.

Inspiró y se convirtió uno de los más notables firmantes de la Carta 77, la respuesta de algunos intelectuales checos al incumplimiento por el Gobierno de su país de las obligaciones en materia de derechos humanos contraídas en el Acta de Helsinki. Ello le valió una condena a cinco años de cárcel y una popularidad muy notable en Checoslovaquia y, especialmente, allende sus fronteras. De ahí que su abrazo a Dubcek la noche del 24 de noviembre de 1989, mientras dimitían en bloque los dirigentes del partido comunista, lo catapultara como el símbolo de la nueva Checoeslovaquia, heredera del espíritu de la «primavera de Praga».

A partir de aquel momento, Havel pudo en poner en práctica su concepto de la responsabilidad individual y asumir un protagonismo activo durante los catorce años que ocupó la presidencia de la República (primero de Checoslovaquia y, tras la «revolución de terciopelo», de Chequia) y donde su presencia marcó toda la década.

A diferencia de Walesa, otro de los resistentes frente al comunismo, Havel sedujo a los líderes occidentales por su trayectoria política, pero, sobre todo, por su prestigio intelectual, su bonhomía y su libertad de pensamiento, en ocasiones algo iconoclasta. Por ello no extraña que alguien tan propenso a creerse un personaje de novela como Francois Mitterrand buscara su complicidad para «organizar Europa como un continente sin que todo dependiese exclusivamente

de las entonces Comunidades», en palabras de Michel Foucher. Havel se prestó al juego e incluso prestó Praga para lanzar aquel proyecto de Confederación, del que ya nadie se acuerda. La idea era atractiva si no fuera por un pequeño detalle: la Confederación ya existía desde 1950 y se llamaba Consejo de Europa. Pero, en su afán por crear algo nuevo con su impronta, Mitterrand y Havel perdieron la ocasión de actualizar y revitalizar la razón de ser de la organización estrasburguesa. Como se lamentó el poeta, «Después de todo, todo ha sido nada».

El protagonismo de Havel tanto en la separación de Chequia y Eslovaquia como su actitud no revanchista contra los antiguos comunistas fue mucho más apreciado fuera que dentro de su país y le granjeó una gran popularidad y aceptación que aun refulgía cuando se dirigió a los eurodiputados.

Quiero empezar resaltando que la primera reflexión que introduce Havel en su discurso me parece extraordinariamente relevante y enlaza con las palabras que había pronunciado ante la misma audiencia en 1996.

Partiendo de su experiencia personal, se preguntaba lo qué significaba ser europeo. Havel era y se sentía «naturalmente europeo», como era «naturalmente checo» o «naturalmente hombre». Solo en épocas posteriores se había hecho la pregunta de las implicaciones de la respuesta a aquel interrogante.

Comprendo la necesidad que sentía Havel. Me viene a la memoria la impresión que me causó la lectura de un opúsculo publicado por un compatriota suyo, Milan Kundera, a comienzo de los años ochenta titulado «Un Occidente secuestrado». Defendía Kundera que la división de Europa tras la Segunda Guerra Mundial y la construcción del telón de acero habían producido una conmoción turbulenta en unos pueblos plenamente europeos por compartir unas raíces comunes asentadas en la romanización y el cristianismo pero que, por mor de los designios políticos tras Yalta y Potsdam, habían pasado a formar parte de una nebulosa denominada «Europa del Este».

Aquel opúsculo, subtítulo «La tragedia de Europa central» comenzaba narrando cómo el director de la agencia de prensa de Hungría, instantes antes de que su despacho fuera destruido por la artillería soviética, envió al mundo un télex desesperado sobre

la ofensiva contra Budapest. El comunicado terminaba con estas palabras: «Moriremos por Hungría y por Europa».

El sentido de la frase intrigaba a Kundera quien sostenía que lo que los tanques soviéticos amenazaban no era un país concreto ni siquiera luchaban por la pervivencia de un régimen político. No, remacha Kundera, «Morir por la patria y por Europa» es una frase que se siente y se entiende en boca de un polaco o de un húngaro, pero jamás en Leningrado o Moscú. Porque morir por Europa es dar tu vida por la pervivencia de una civilización.

Recuerdo los esfuerzos y desvelos del archiduque Otto de Habsburgo para mantener vivo el espíritu de *Mitteleuropa*, tan diferente de los pueblos eslavos. Pero los europeos occidentales juzgábamos a estos países desde una óptica estrictamente política, situándolos en el este por estar bajo la dominación soviética y olvidando lo esencial: se trataba de pueblos tan occidentales como nosotros con los que compartíamos un proyecto de civilización común.

Tal afirmación es un punto clave en el pensamiento de Havel del que deriva su tesis según la cual la formación de las Comunidades europeas en la década de los cincuenta no fue una construcción racional organicista sino un proyecto asentado sobre un basamento común, constituido sobre valores que compartían quienes lo promovieron.

De ahí extrae Havel dos corolarios: El primero, la necesidad de subrayar la dimensión espiritual de Europa y la importancia de los valores en la integración europea que constituyen su verdadero y único ADN.

El segundo consiste en afirmar que lo verdaderamente esencial para integrarse en el proyecto comunitario radicaba en compartir esos valores, teniendo las consideraciones técnicas, por necesarias que fueren, una importancia secundaria.

Pero Havel no minusvaloraba esas exigencias. Antes, al contrario, en su intervención muestra su desacuerdo con quienes defendían la primacía de la integración cultural sobre la económica. A este respecto recuerdo una curiosidad que me relató Pepín Vidal-Beneyto, un notable federalista de la primera hora, quien estuvo presente en una de las últimas intervenciones públicas de Jean Monnet. Otro de los intervinientes, Francois Mitterrand no llegó a tiempo para escuchar al arquitecto de la Europa comunitaria y le preguntó a la rectora de

la Sorbona Hélène Ahrweiler, quien presidía el acto, cuál había sido el contenido de la intervención de Monnet. «Ha hablado mucho de cultura», le susurró la rectora. Cuando le tocó intervenir a Mitterrand éste, con verbo florido, ¡atribuyó a Monnet el propósito de lamentar no haber comenzado la construcción europea por la cultura! Monnet no dijo nada y la sentencia que no había salido de sus labios hizo fortuna hasta el punto de que quien esto firma fue miembro del patronato de una fundación europea cuyo lema era el siguiente: «si volviera a construir Europa, comenzaría por la cultura» Jean Monnet. (sic)

Pese a mis intentos de devolver a Monnet lo que era suyo y eliminar lo que jamás había ni habría dicho, no obtuve satisfacción. . .

Por eso Havel pondera la importancia de unir a Occidente (sic) técnicamente porque los valores a proteger «saltaban a los ojos». Y, para quien no lo viera, a pocos kilómetros de la frontera estaban los carros de combate del Pacto de Varsovia para hacer entrar en razón a los ciegos.

En segundo lugar, Havel alerta de un riesgo de las democracias en los países que iban a protagonizar la ampliación del año 2004 que no es otro que la debilidad de la sociedad civil tras décadas de regímenes de partido único. Diagnosticado el problema, el presidente de Chequia propone la aplicación de los principios de subsidiariedad, proporcionalidad y transparencia para que los ciudadanos vean a la Unión como algo suyo y facilitar la visibilidad del espíritu de pertenencia cívica europea.

La seguridad ocupó un lugar principal en su discurso ante el Parlamento europeo. Apoyó la intervención de la OTAN en conflictos intra y extraeuropeos, abogó por su implicación en las crisis balcánicas y resaltó –y quiero destacarlo– cómo Europa no podría encomendarse indefinidamente a la Estados Unidos cuando se tratara de resolver un problema europeo. «Europa es la única entidad política cuya seguridad es indivisible» –afirmó– y defendió pasar de las declaraciones a los hechos en este asunto.

En línea con su pensamiento, se presentó como un ferviente partidario de la próxima ampliación y mantuvo una postura tradicional ante la futura Conferencia intergubernamental consistente en vincular la ampliación con la profundización de los Tratados y la reforma de sus instituciones.

Defendió la redacción de una constitución europea breve y concisa que «todos los niños de Europa pudieran aprender en la escuela sin grandes problemas» y dedicó una parte sustancial de su intervención a la importancia de preservar el papel de los países pequeños y el temor de éstos a verse aplastados por los llamados países grandes. Finalmente, Havel pronunció un alegato para que la Unión defendiera y preservara los valores que habían posibilitado y favorecido la creación del mayor espacio de libertad y prosperidad del mundo y le encomendó la misión de llevarlo a cabo para «hacer planear sobre este mundo su civilización llena de contradicciones».

De la lectura de «Sea breve, por favor», un libro de «Pensamientos y Recuerdos» (así lo subtuló), que constituye su testamento político-literario deduzco la importancia que Havel daba a sus intervenciones públicas, dado el mimo con que las preparaba y el valor que daba a cada una de sus palabras. Quizás porque sabía que las palabras quedan y los actos, como los viejos soldados, se desvanecen en el horizonte, Havel se prodigó mucho y se ocupó y preocupó de la altura intelectual de sus intervenciones que huyen expresamente de la *langue de bois* de la que hacían gala tantos de sus contemporáneos.

Su apelación a los valores europeos como la sólida argamasa de la Unión se vio refrendada por la aprobación de la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión europea la cual, desde la entrada en vigor del Tratado de Lisboa en 2010, forma parte del bloque de constitucionalidad de la Unión. Havel se sentiría igualmente confor-tado con la dicción del artículo 2 del referido tratado donde proclama que la Unión se fundamenta en unos valores que coinciden con los expresados por el mismo en el discurso del año 2000.

Igualmente, su apelación al principio de la subsidiariedad y a la conveniencia de adoptar decisiones al nivel más próximo a los ciudadanos adquirieron carta de naturaleza en el *early warning system* que ideó la Convención constitucional y hoy se encuentra plenamente vigente gracias a su incorporación al Tratado de Lisboa.

Su deseo de la aprobación de una constitución europea no vio finalmente la luz. Como dijo Jacques Ziller, «fue preciso sacrificar la forma para salvar el fondo», de manera que los avances innegables del texto elaborado por la Convención están recogidos en su sosias, el tratado que lleva el nombre de la capital portuguesa.

Su preocupación por la seguridad y la defensa de nuestro continente, cuya dependencia de los Estados Unidos no era para Havel ni justificable ni sostenible en el tiempo, ha recibido un aldabonazo por parte de unas opiniones públicas europeas, despertadas de su profundo letargo por la invasión rusa de Ucrania, como lo demuestran la adhesión a la OTAN de países como Finlandia o Suecia, tradicionalmente anclados en su neutralidad.

Hasta aquí mis reflexiones sobre el discurso de Havel. Pero no quiero terminar sin añadir un último comentario.

En su reseña sobre «Sea breve, por favor», un libro al que me he referido con anterioridad Ricardo Cayuela concluye afirmando lo siguiente: «Se dice que la política cambia a las personas, pero pocas veces se entiende por qué. Este libro es la mejor manera de entender cómo un actor bohemio, disidente iconoclasta, amante del rock, se convierte en el tercer checo más importante de la historia, según una encuesta reciente, y cómo lo vive esa persona: el alejamiento de los amigos, la inevitable arrogancia, el trastorno de personalidad que implica el poder y el reconocimiento público “y remacha” los daños colaterales del héroe».

Es posible que el ensayista mexicano esté en lo cierto y su resumen de la vida y obra de Havel expresen los daños colaterales del héroe. Pero en mi opinión, si bien esos posibles daños se constriñen al ámbito personal, lo interesante es analizar, a los trece años de su muerte, lo que queda del héroe.

El pasado mes de septiembre de 2024, el Consejo de Europa concedió el premio Václav Havel de los derechos humanos a María Corina Machado. Hace unos pocos años, el Parlamento europeo bautizó con el nombre del antiguo presidente de la República de Chequia a uno de sus edificios. Basten estos dos ejemplos para testimoniar cómo trece años después de su muerte, Havel continúa siendo un símbolo de las libertades, de la lucha contra la opresión y de «una cierta idea de Europa», donde los valores que unen a los europeos priman sobre cualquier otro tipo de consideración.

Es más: su llamamiento a que Europa defienda lo que hoy podríamos denominar el *european way of life* se ha convertido en una apelación recurrente en los últimos años. A la búsqueda de plasmar ese objetivo en acciones y en políticas concretas se han referido el

presidente Macron desde las aulas de la Sorbona, el canciller Scholz en la Universidad Carlos IV de Praga, la misma que el régimen comunista impidió frecuentar a nuestro protagonista o la presidenta Von der Leyen en el mismo hemiciclo donde Havel intervino hace casi un cuarto de siglo.

Ojalá que esa «soberanía europea» no quede en una mera fórmula y adquiera fuerza y contenido.

Ojalá que hayamos aprendido la lección de Budapest y los europeos reaccionemos unidos y sin fisuras en defensa de la libertad de Ucrania y el respeto a las normas de derecho internacional que son el fundamento y la esencia que conforman la identidad de los europeos.

Ojalá que no nos contentemos con dar su nombre a edificios o distinciones y nos afanemos por seguir su ejemplo y activar sus ideas.